

niosas, á sus teatrales aparatos, y quedaba exclusivamente para la Iglesia católica el poder de interpretar las Santas Escrituras. Solo en el dogma relativo á la justificación por los méritos de Cristo, se daba un paso, bien adelantado por cierto, hácia las nuevas doctrinas. El Papa mismo no era suprimido, pero sí explicado como deseaba Lutero explicarlo en los comienzos de su predicación, como el primero de los obispos, llamado á impedir el cisma, pero con la misma autoridad sobre el dogma que el resto de los obispos católicos, todos igualmente consagrados y ungidos por el Espíritu Santo. Conservábase, además, el matrimonio á los curas que lo hubiesen contraído interinamente hasta mejor proveer y la comunión bajo las dos especies á los laicos que tuvieran costumbre de recibir el pan y el vino en sus ceremonias religiosas. Nada se hablaba de aquello en que mas les iba ciertamente á los eclesiásticos de la devolución de sus bienes desamortizados, y traspasados á extrañas manos, por los ímpetus de la revolución. A pesar de la pujanza con que mantenía el César todas sus resoluciones, resignábase á un acatamiento externo en una y otra comunión, dejando á la conciencia creer cuanto le pluguiese, con tal de que aparentase la sumisión exterior.

Apenas se acababa de redactar tal compromiso, cuando ya se ponía por obra su promulgación arriba, su acatamiento abajo. Merced á una especie de dialéctica real, divídense las asociaciones y las Iglesias en derecha, centro é izquierda. El Protestantismo tenía su derecha en los marqueses de Brandeburgo y tenía su izquierda en los Electores de Sajonia. Naturalmente la derecha del Protestantismo, mas conciliadora de suyo y menos apartada del ideal antiguo, había de admitir con frialdad el *Interim*, pero admitirlo al cabo, mientras la izquierda lo repugnaba con repugnancias invencibles. Ciertamente que el gran Elector se hallaba destronado y cautivo; cierto que Mauricio de Sajonia, favorito del Emperador, recogía la corona desprendida de las sienes augustas del gran caballero de la Reforma; pero también cierto que si Mauricio podía imponer á sus vasallos la autoridad temporal del César, no podía imponerles, no, la especie de autoridad religiosa que se arrogara escribiendo los cánones del *Interim*. El duque de Gutemberg hallábase á la sazón, merced al difícilísimo período de extraña crisis, con sus territorios ocupados por los ejércitos imperiales, pero los ejércitos imperiales que hollaban la tierra del

duque, no podían hollar la conciencia resistente y sublevada de sus vasallos. La fuerza creyó posible cohibir á las almas; la autoridad, que no pasa de los límites jurisdiccionales del derecho humano, penetró como por fuerza en el sagrado de la conciencia y en los dominios de la fe sobrehumana. Verdad que el miedo arranca muchas adhesiones serviles, pero verdad también que esas adhesiones abrigan y acarician muchos crueles desquites.

El verdadero Elector de Sajonia, Juan Federico, se hallaba como sabemos cautivo del Emperador y en los hierros de duro encarcelamiento después de la batalla de Mulberg. Pero cautivo y todo, sustituido por su infiel correligionario y pariente Mauricio, aun conservaba autoridad moral sobre los súbditos apartados de su poder por los caprichos de la victoria. Carlos V, comprendiendo que si lo ganaba para su causa, ganaba un poderoso instrumento de dominación, propio para implantar el *Interim*, tras un año de implacable crueldad, parece conmovido y apenado, puesto que llama con dulce bondad al mal herido prisionero y le hace conducir á su presencia. Reconociendo en él por necesidad y por deber al superior jerárquico, Juan Federico se arrodilla en presencia del César y el César cree que también se ha arrodillado su alma. Pero no, cuando la cuestión teológica sobreviene, hábilmente traída á la conversación; cuando aparece con toda su soberbia el autócrata, creyendo que su poder no se estrella ni en las santas interioridades del alma; cuando la insinuación de sumisiones indignas se desliza en sus oídos; la santa majestad del creyente se alza en su trono de sublimes ideas oponiendo á la fuerza del dueño de la tierra la resistencia del mártir de la fe. A todo se resigna aquel hombre piadoso, á la pérdida de su corona heredada, de su familia querida, de su electorado carísimo, de su libertad personal; pero no puede, no, resignarse á la pérdida de la fe, que es un presente de Dios y una esperanza de inmortalidad. Volvióle con brusquedad la espalda el Emperador, cuando le vió tan resuelto, y no le dijo ni una sola palabra. El cautiverio cayó de nuevo con mayor pesadumbre sobre tan prestigiosa entereza. Le alejaron los ministros protestantes con quienes departía; le disminuyeron el número de criados fieles que iban á servirle diariamente; le obligaron á la abstinencia forzosa y á su rito contrario; le desposeyeron de sus Biblias, manantiales de inenarrables consuelos y tesoros de revelaciones continuas;



pero no vaciló ni un momento la pujanza de su valor ni la llama de sus creencias.

Dícese que el también cautivo Landgrave de Hesse contrastó con el valor heroico del cautivo soberano de Sajonia. Muchos historiadores le suponen escribiendo al Emperador y entregándole á cambio de la codiciada libertad, la completa sumision al Imperio. Otros lo dudan, pero sea lo que quiera, el pueblo de Hesse no se sometió. Por consecuencia los dos grandes factores de la revolucion religiosa, los dos reinos que constituian como las dos alas del ejército protestante, aunque se hallasen muy sometidos al Emperador, no querian de modo alguno seguirle y obedecerle allá en las usurpaciones que habia cometido con su desconocimiento de la autoridad que pueden tener los príncipes del mundo sobre las íntimas y espirituales regiones de la conciencia. Vedlo ahí, á ese gran Carlos, vencedor de los franceses en Pavía, vencedor de los alemanes en Mulberg, vencedor de los castellanos en Villalar, vencedor de los flamencos en Gante, vencedor de los turcos en Viena, un Alarico en el saco de Roma, un Carlo-Magno en las aparatosas ceremonias de Bolonia, subiendo con sus tercios á los fuertes del Africa y con sus descubridores á las cimas de los Andes de América, cuando apenas acababa de recibir como joyeles perdidos en sus tesoros las tierras áureas de Nueva España, las minas inacabables del Perú, en el momento mismo en que sus velas circunvalaban al planeta con la expedicion de Magallanes y trazaban una línea española en los dos hemisferios, eternamente alumbrados por el sol de sus victorias, en dominios como no los habian tenido ni Darío, ni César, ni Alejandro, ese gran Carlos estrellábase contra la íntima y humilde fe de los creyentes. ¿Qué iban á hacer en tal trance los católicos de Alemania? Malo el *Interim* desde el punto de vista revolucionario, parecia mucho peor desde el punto de vista ortodoxo. Para los verdaderos creyentes el Emperador, no solo habia por un acto de autoridad increíble alterado los dogmas, sino que habia prescindido también del Papa y de la Iglesia. Lo que mas repugnó siempre al Catolicismo, la confusion del poder temporal y del poder espiritual; lo que nunca se consintiera ni á los Emperadores mas ilustres que iban á morir por la fe cristiana en el camino de la Jerusalem santa; las arrogaciones sobre la autoridad pontificia y sobre el dogma antiguo, se perpetraba por un Emperador desvanecido

hasta el extremo de imaginarse omnipotente y omnisciente sobre la faz del planeta. Pero los católicos no podian admitir ni la extension del dogma de la gracia, ni las concesiones al matrimonio eclesiástico, ni el olvido de una restitucion creida por ellos indispensable, de aquellos bienes eclesiásticos usurpados á la Iglesia en virtud de decretos debidos á la iniciativa de los príncipes revolucionarios. El *Interim* disgustaba por igual, pues, á los ortodoxos y á los heterodoxos.

Dos clases de príncipes católicos existian por aquel tiempo en Alemania, los príncipes eclesiásticos y los príncipes laicos. Parecia por natural razon que debieran los primeros protestar con mayor fuerza que los segundos contra las invasiones del poder civil en el poder religioso y contra los atentados al dogma. Pero inciertos los obispos feudales entre la autoridad temporal del Emperador y la autoridad espiritual del Pontífice, callaron con extraño silencio en todo lo relativo al dogma y se dolieron con extraña dolencia de la no devolucion de los bienes eclesiásticos repartidos ya y diseminados entre los príncipes revolucionarios. Mayor y mas tenaz resistencia opuso el jefe de los católicos alemanes, el ortodoxo duque de Baviera, en sus ambiciones amargado y con Carlos V resentido por no haber puesto á disposicion suya, como él deseaba, y pedia con grandes instancias, los despojos del electorado de Sajonia. El duque de Baviera, pues, procediendo con su acostumbrada sumision y con su pura ortodoxia, remitió al Papa el escandaloso documento y le demandó su fallo inapelable. El escándalo no tuvo límites en la corte pontificia con justo motivo escandalizada. El poder laico y civil de Carlos V no gozaba en materias de fe jurisdiccion ni autoridad alguna, y en vez de dar órdenes á Roma, estaba en la obligacion estricta de recibirlas y acatarlas. Imaginémonos, decian los príncipes de la Iglesia, que en vez del *Interim* herético, hubiera publicado el Santo Evangelio; pues aun merecia censura eclesiástica, por usurpacion de atribuciones que no le pertenecen.

A tal indignacion, creíase generalmente que iban de súbito á seguirse resoluciones extremas y violentas. Pero ignoraban los que tal creian la naturaleza íntima del Pontificado en aquellos tiempos y la naturaleza especial del Pontífice Paulo III á la sazón reinante. Aunque colérico en sus pasiones y vengativo en sus actos, y con gran memoria para las injurias, y con natural exaltado y